



OBISPO DE CARTAGENA

Viernes de Dolores

Misa en la Basílica de la Caridad
Cartagena. 2026

Queridos hermanos sacerdotes, religiosos, religiosas;
Ilmo. Sr. Vicario episcopal, rector de la basílica;
Excmo. Sr. Presidente de la Comunidad Autónoma;
Excma. Sra. Alcaldesa y Corporación Municipal;
Excmas. e Ilmas. autoridades civiles, militares, académicas, judiciales;
Un especial saludo al hermano mayor y junta de gobierno del Santo y Real Hospital de Caridad;
hermanos mayores de las cofradías de Cartagena;
hermanos y hermanas, especialmente a las que hoy celebráis vuestro santo.

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a Dios por todos los que os alegráis al contemplar el rostro de Nuestra Madre de la Caridad, por todos los que sabéis escuchar, como ella, la llamada del Padre a colaborar con la historia de la salvación y habéis respondido con generosidad. ¡Felicidades, Cartagena! En este día de fiesta para Cartagena tendremos la oportunidad de plantearnos la vida y de abrir la puerta de nuestro ser para sacar de dentro todos los viejos trastos, ya oxidados o llenos de polvo, nuestras miserias e inmundicias, las inquietudes, los dolores y sufrimientos; todo lo que nos impide escuchar con claridad la voz del Señor, lo que nos frena para acercarnos a los que tenemos cerca y nos paraliza para poder ayudar al necesitado. ¡Silencio, dejad que suenen las trompetas y los cánticos de los ángeles! ¡Abrid vuestro corazón y vuestros ojos, que vais a ver a la Madre de la Caridad con las lágrimas en sus mejillas sosteniendo el cuerpo de su Hijo muerto! Silencio por respeto a la Madre Dolorosa. Padre nuestro, concédenos durante esta Semana Santa y para siempre un corazón grande, nuevo y libre, para que en lo más hondo de nuestro ser pueda entrar el Rey de la gloria.

Todos los años vivimos la misma pasión y nos preparamos para subir al Calvario con Cristo, para subir con Cristo a la cruz y participar de la resurrección, celebrando su triunfo sobre la muerte. ¡Qué experiencia! ¡Cómo actúa Dios tan eficazmente en nuestra vida, porque vive!: «Quien diga que Dios ha muerto, que salga a la luz y vea si el mundo es o no tarea de un Dios que sigue despierto». El Señor nos ha regalado a todos su misericordia y su perdón, con el mismo amor del padre del hijo pródigo, tal como nos lo contó Jesús en la parábola; porque la puerta de su perdón siempre la tiene abierta.

Solo cuando has decidido limpiar tu casa, cuando has logrado poner paz en tu corazón y con los demás, es cuando puedes cantar a voz en grito con el salmista: «¡Portones!, alzad los dinteles, que se abran las antiguas compuertas que va a entrar el rey de la gloria». ¿Hay que tener una condición especial para llegar a esto? ¿Cómo se debe hacer? Comencemos por la Sagrada Escritura que nos ayudará, por ejemplo, por el salmo 23, donde veremos qué nos dice el Señor: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién

puede estar en el recinto sacro?». La respuesta está en el mismo salmo: «El hombre de manos inocentes, y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura contra el prójimo en falso». Esa persona es digna de estar junto a nuestro Señor.

En ese texto se ve que ser cristiano es exigente, porque se piden las condiciones y que no es bueno con poner caras, construir fachadas donde esconder tu verdadera realidad, vivir de apariencias, eso no vale, porque a Dios no se le puede engañar y te llama a la conversión, ya que te conoce. Ten un poco de calma y atiende los modelos de vida cristiana que hay a tu alrededor, aunque el modelo más excelente donde poder fijarnos sin errar, el modelo que nos enseña a ser dignos de Dios es el de la Santísima Virgen María, la Madre de Dios, ¡el de la Virgen de la Caridad! María es modelo de confianza y de fe, es la expresión sacramental de la misericordia de Dios, es decir, del amor maternal con que Dios nos ama. La Virgen se manifiesta cercana, vecina, preocupada por nuestras cosas, diligente, intercesora... que nos expresa y nos acerca al amor del Padre. María es como un sacramento, un signo visible y eficaz del amor que Dios nos tiene. María es el don de Dios a los hombres, es el amor de Dios hacia nosotros.

El título con el que veneramos a la Madre, el de Caridad, nos conmueve tanto, que nos pide ser misericordiosos, por eso, cuando miramos a su bendita imagen no podemos quedarnos de brazos cruzados, sino con la necesidad de imitarle. La Madre de la Caridad nos habla de la misericordia divina. ¿No sentimos nosotros cómo está cercana la Madre de Dios y Madre nuestra? ¿No le reconocemos su labor de intercesora y mediadora de todas las gracias? ¿No nos mueve su ternura cuando acudimos a ella para que interceda ante su Hijo con causas difíciles? La Madre es misericordiosa, porque es Caridad, amor.

Vamos, comencemos la historia personal en serio, acercándonos al que puede perdonar nuestros pecados, con sencillez, con amor, con humildad, por medio del Sacramento de la Reconciliación. Verás qué sucede cuando Dios ha tenido piedad de ti, verás cómo saldrás con la seguridad de que Dios te ha hecho un milagro de los grandes en ese sacramento: la confusión y el dolor de haber pecado han cedido el paso a la admiración de ser tan amado, querido y perdonado, ¡saldrás como una criatura nueva! El Señor jamás se cansa de perdonar: ¡jamás! Somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón, pero Él jamás se cansa de perdonar. Este es el rostro de la Iglesia que no reprocha a los hombres su fragilidad y sus heridas, sino que las cura con la medicina de la misericordia y el perdón. ¿Dónde hemos aprendido a actuar así? En la escuela de nuestro Señor Jesucristo, en el corazón de María, la Madre de la Caridad y de la Misericordia.

En este día grande nos ponemos al amparo de la Madre de Dios, la Virgen de la Caridad. Que Dios les bendiga a todos, les colme de sus gracias y sean felices y ya saben el estilo: con manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura contra el prójimo en falso.

Felicidades a todos, en especial a las personas que celebráis vuestro santo hoy.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena